

# El espectáculo ha terminado

Benjamín Prado

Al acabar su último libro, *La civilización del espectáculo*, cualquier persona de este mundo a la que le gusten la literatura y el arte deseará no estar de acuerdo con Mario Vargas Llosa. Porque lo cierto es que el panorama que dibuja el Premio Nobel, resulta desolador y es fácil de resumir: a base de bajar el nivel de nuestra cultura, hemos llegado al fondo de un pozo, y no se ve la manera de salir de él. Los siniestros mercados que nos acosan por tierra mar y aire, a los que Octavio Paz ya señaló como «responsables de la bancarrota de la cultura en la sociedad contemporánea», dirigen con mano de hierro la sociedad de consumo y no le reconocen a nada, tampoco a un libro, a una composición musical o a una escultura, más virtud que su cuenta de resultados, de modo que el único valor de las cosas es su precio: lo que vende, importa, y lo que no, carece de interés. Uno va viendo cómo las editoriales prestigiosas se entregan de un modo patético a la búsqueda del *best-seller*, las salas de teatro apartan a grandes actrices y actores para usar de señuelo en sus carteleras a famosos de las series de televisión o los museos usan de reclamo a artistas más conocidos por sus provocaciones que por sus obras, y entiende por qué el autor de *El sueño del celta*, *La casa verde* o *Travesuras de la niña mala* se rasga la camisa al recordar que si Grecia estuvo gobernada por la filosofía, Roma por el Derecho y la Ilustración por la ciencia, nosotros estamos en manos de la economía, y sometidos a las leyes de la publicidad. «El fetichismo de la mercancía –escribe– produce la cosificación del individuo, entregado al consumo sistemático de los objetos, muchas veces inútiles o superfluos, que las modas le van imponiendo.» Uno siempre está en manos de aquello que desea y, en ocasiones, es su cautivo: no hay más que ver a los miles de ciudadanos que hoy día viven atrapados en sus casas, bajo arresto domiciliario de su hipoteca.

Nadando contra las corrientes de opinión, Vargas Llosa encuentra el origen de la catástrofe en la democratización de la cultura, «un fenómeno que nació de una voluntad altruista, evitar que la cultura siguiera siendo patrimonio de una élite (...) pero que ha tenido el efecto de trivializarla», porque la función que antes cumplían los sistemas filosóficos, hoy la llevan a cabo las campañas comerciales, «que ejercen un magisterio decisivo en los gustos, la sensibilidad, la imaginación y las costumbres» de las personas. Así que lo que antes había que ir a buscar a Kierkegaard o a Hegel, ahora te lo traen a casa los anuncios. Mala cosa.

La degradación de la cultura, por lo tanto, se hizo inevitable «desde el momento en que la obra literaria y artística pasó a ser considerada un producto comercial que dependía de los vaivenes del mercado», y esa política de tierra quemada se ha extendido a todo, también al periodismo, en vista de la forma en que hoy en día se abaratan algunos diarios, hasta convertirse en una mezcla de revista de modas, prensa del corazón y revista satírica. Vargas Llosa, siempre capaz de mirar desde todos los ángulos posibles aquello de lo que habla, ve en los desmanes de la economía uno de los motivos de la derrota, pero no cree que sea el único. También está, por ejemplo, el esnobismo que ha vivido como pez en el agua en el mar de la postmodernidad. «Desde que Marcel Duchamp revolucionó los patrones artísticos de occidente –dice– (...) ya todo fue posible en el ámbito de la pintura y la escultura, hasta que un magnate pague doce millones y medio de euros por un tiburón preservado en formol en un recipiente de vidrio y que el autor de esa broma sea reverenciado como un gran artista de nuestro tiempo», lo cual, sin duda, nos deja en tan mal lugar a nosotros como a él, porque corremos el riesgo de mostrarnos «tolerantes o indiferentes hacia la inmoralidad». Cerrar los ojos te convierte en cómplice de lo que no quieres ver.

Todo es posible, pero no todo vale, y para explicarlo, el autor de *¿Quién mató a Palomino Molero?* recurre al ejemplo de la ciencia, transformada por la combinación de nuestra locura y nuestra inteligencia en un arma de doble filo, que hace incluso del arsenal que los países más poderosos guardan debajo de sus banderas «una hazaña tecnológica y, al mismo tiempo, una manifestación flagrante de barbarie» que, como él recuerda, contradice a cuchi-

llo el precepto de T. S. Eliot según el cual la cultura es «todo aquello que hace la vida digna de ser vivida.»

Mario Vargas Llosa escribe con la autoridad de quien es justo lo contrario de aquello que critica, algo que, si se piensa bien, no es tan común; y por eso cuando se lamenta de que hoy en día «la popularidad y el éxito se conquisten no tanto por la inteligencia y la probidad como por la demagogia y el talento histriónico», uno sólo tiene que recordar cómo y de qué ha hecho él su obra, para darse cuenta de que el camino recto puede estar lleno de curvas peligrosas, pero también existe y es el único que merece la pena. *La civilización del espectáculo* tiene algo de alarma roja sonando en la oscuridad y otro poco de parte de defunción. Por fortuna, aún quedan intelectuales que se merezcan ese nombre, y Mario Vargas Llosa es uno de ellos, por su valor a la hora de decir lo que piensa en un mundo gobernado a partes iguales por la cautela y el desinterés, donde casi nadie se arriesga a salirse del círculo que le han pintado alrededor y en el que, por desgracia, pocos quieren saber y muchos se conforman con estar al tanto, que son cosas muy distintas. Pero, contra viento y marea, aún hay personas como el autor de *La ciudad y los perros*, a quienes la edad les añade experiencia y no les quita pasión, y que no han luchado nunca por llegar arriba para que se les viese más, sino para que se les escuche mejor, porque no tenían algo que vender, sino algo que decirnos. Si algo demuestra este libro es que también se puede ser clarividente cuando se habla con el corazón en la mano ©